

Identidad, nacionalismo y colonialismo: "salvajes e ilustrados " en la Exposición de Filipinas de 1887¹

Luis Ángel Sánchez Gómez

Dpto. de Prehistoria y Etnología, Universidad Complutense

RESUMEN: Tras presentar algunas de las características más destacadas de la Exposición de Filipinas celebrada en Madrid en 1887 y después de situarla en el contexto de otras exposiciones coloniales de la época, analizamos con detalle las reacciones manifestadas ante la misma por algunos miembros de la elite indígena filipina residentes en aquel entonces, valorando la intensidad de su ideología nacionalista y cómo esta se camufla, de uno u otro modo, tras un discurso aparentemente moralista y humanitario.

ABSTRACT: *After presenting some of the main characteristics of the Exhibition on the Philippines held in Madrid in 1887 and placing it in the context of other colonial exhibitions of that period, we review in detail the reaction by some members of the indigenous Philippine resident elite to it, assessing the intensity of their nationalist ideology and how it is disguised, in a way or another, under a speech formally moralistic and humanitarian.*

No descubrimos nada nuevo si afirmamos que la identidad, en su conceptualización sociológica y antropológica, se sustenta en algo tan simple como el autoconvencimiento inducido de la pertenencia a un grupo, comunidad o entidad con cuyos miembros se comparten presuntamente ciertas cualidades y/o aptitudes de las que pretendidamente carecen los individuos que se consideran integrados en otros grupos, comunidades o entidades. La identidad no es, las identidades no son, por tanto, propiedades intrínsecas y prefijadas. Parfraseando y tergiversando la primera ley de la termodinámica, podríamos afirmar que las identidades se crean, se destruyen y se transforman. La clave de cualquier análisis sociológico debe fijarse en el proceso, en los procesos de generación, consolidación y transformación de las identidades, en los procesos de etnicidad, en definitiva. Con esta intervención pretendemos únicamente caracterizar parcialmente uno de esos procesos, especialmente rico por situarse en un contexto colonial en el que se involucran diferentes grupos étnicos y distintos estamentos socioeconómicos.

Sin duda alguna, la referencia a "salvajes e ilustrados" con que encabezamos el título de esta intervención será identificada inicialmente por la mayoría de los participantes en esta reunión con un contexto histórico, geográfico y cultural claramente distinto al de las Filipinas de finales del siglo XIX. Y ciertamente es así, ya que con ella se ha querido presentar en no pocos estudios históricos el ámbito de la Ilustración --principalmente europea, pero también americana--, del Siglo de las Luces, de los pensadores ilustrados, y sus diferentes aproximaciones a la condición y esencia del hombre "salvaje" --americano en un principio, pero también del "salvaje" en general-- por contraposición al "civilizado" europeo.

¹ Aunque se incluye material inédito, buena parte del texto es un apretado resumen de la comunicación que con el título "'Salvajes e ilustrados': actitudes de los nacionalistas filipinos ante la Exposición de 1887" presentó el autor en el V Congreso Internacional de la Asociación Española de Estudios del Pacífico, celebrado en Madrid en 1999.

Por nuestra parte, hemos querido jugar con ambos términos y trasladarlos precisamente al contexto español y filipino del último tercio del siglo pasado. En dicho ámbito, el término "ilustrado" identifica a todos aquellos personajes filipinos -indios, mestizos de chino, mestizos de español e incluso españoles filipinos-- pertenecientes de un modo u otro a las élites sociales y económicas del archipiélago, casi siempre con formación universitaria --en la mayoría de los casos cursada en Europa-- y, en último término, nacionalistas, deseosos de una verdadera asimilación del archipiélago a España, de una autonomía política auténtica e, incluso, de la independencia definitiva.

Por su parte, el vocablo "salvaje" era el empleado en la época, tanto por los españoles como por los ilustrados filipinos, para referirse a todos aquellos individuos de poblaciones del archipiélago no cristianizadas que vivían prácticamente al margen de la administración española, conservando con escasas variaciones los modelos culturales existentes en los inicios de la colonización española. Identificaba esencialmente a los negritos e "igorotes" de Luzón, pero también a grupos asimilables de las Visayas y de otras islas. En no pocas ocasiones, se aplicaba igualmente a los "moros", a los musulmanes de Mindanao y Joló, aunque es evidente que tanto españoles como ilustrados son conscientes de las diferencias que separan a estos "infieles" de los paganos monteses de Luzón.

La Exposición de Filipinas celebrada en Madrid, en 1887, se nos presenta como un contexto especialmente atractivo para calibrar las actitudes de españoles peninsulares y, lo que ahora nos interesa, de los ilustrados filipinos ante el evento expositivo colonial en general y frente a la "exhibición" de "salvajes" filipinos en particular. La clave para comprender dichas reacciones, tanto públicas como privadas, la debemos buscar en los intereses nacionalistas de esos ilustrados, que canalizan de forma harto sinuosa las opiniones que manifiestan sobre la política colonial española, la situación sociopolítica y el desarrollo económico del archipiélago y la moralidad de la citada "exhibición" de "compatriotas".



Imagen 1. "Exposición de Filipinas en el Parque de Madrid. 1. Puente de cañas sobre la ría.- 2. Ejemplares de bambúes.- 3. Interior de la ranchería de los igorotes.- 4. Carabaos, macho y hembra.- 5. Entrada a la ranchería.- 6. Grulla.- (Apuntes del natural, por Riudavets)" [La Ilustración Española y Americana., año XXI, nº XXXI, 22 de agosto de 1887, p. 108].

La celebración de la exposición se debió en gran medida al empeño personal del político catalán Víctor Balaguer i Cirera, quien, entre otros muchos cargos, detentara en tres ocasiones la jefatura del Ministerio de Ultramar. Aunque no podemos extendernos en el carácter del certamen, señalemos que el propósito era, en principio, aunar los lazos entre la metrópoli y el archipiélago, contribuir al fomento de las relaciones económicas y mostrar de modo general los rasgos fundamentales del archipiélago, desde su geografía hasta las formas de vida de sus muy variados grupos humanos. Para lograrlo, se mostraron en Madrid, en el Parque del Retiro, productos de todo tipo --especialmente agrícolas--, manufacturas tradicionales, ejemplares de la fauna y de la flora, numerosísimos útiles y artefactos de carácter etnográfico --tanto de pueblos cristianos como "salvajes"-- y, lo que resultó mucho más impactante, se levantó en el recinto de la exposición un conjunto de edificios que reproducían las viviendas tradicionales --nuevamente de pueblos cristianos y de "salvajes"-- de las islas, en los que desarrollaron sus actividades --artesanales o meramente vitales-- un nutrido grupo de filipinos, entre los que se encontraba una amplia representación de moros y "salvajes igorotes".

La exposición de Madrid de 1887 se inspira en certámenes similares que proliferan en buena parte de Europa y América durante el último tercio del siglo XIX y primeras décadas del XX. No obstante, está más cerca de los modelos articulados en las exposiciones universales con presencia de habitantes de las colonias que en las exhibiciones organizadas por empresarios privados en las que se muestran de forma inhumana a gentes "exóticas" y "primitivas". Pero tampoco es totalmente equiparable a esas ferias mundiales citadas. En efecto, si bien es evidente que el certamen filipino se orienta en la Exposición Colonial de Amsterdam de 1883 --en lo que se refiere a la propuesta de ámbitos y elementos a presentar en una muestra pública de la sociedad colonial, con participación de población indígena, incluidos individuos calificados como "salvajes"--, se aleja radicalmente de aquélla, y seguramente de otras exposiciones contemporáneas, en la concepción ideológica que sustenta el evento. Lo que en Holanda se muestra en compartimentos prácticamente estancos, en una estructura marcadamente vertical del espacio simbólico y práctico colonial, en España se articula de forma horizontal y abierta, aunque más bien habríamos de calificarla de "pseudointerétnica", ya que son numerosos los problemas y circunstancias negativas que se pueden anotar. Por otra parte, la evidente brutalidad que se documenta en exhibiciones similares vistas en otros países europeos durante aquellos mismos años casi está por completo ausente en la de Madrid, sin que esta afirmación suponga desdeñar en modo alguno las tremendamente negativas circunstancias que se asocian a la exhibición de seres humanos, en cuanto que seres singulares que son mostrados por su mera apariencia física y no por desarrollar o ejecutar algún tipo de habilidad o cualidad --como ocurre con parte de la colonia presente en Madrid--, y el aún más dramático y gratuito fallecimiento de tres de los personajes llegados a tierras españolas.

Desde el momento en que se hace público el proyecto para organizar una exposición de Filipinas en Madrid, y muy especialmente desde que se da a conocer la pretensión de traer filipinos al certamen, la reacción de los ilustrados es clara y rotundamente contraria al evento. Al margen de consideraciones puntuales sobre la organización del certamen y de sus denuncias por no haber sido consultados en modo alguno, o casi, el hecho que aparentemente les resulta más reprochable, o sencillamente indignante, es precisamente la "exhibición" de algunos de sus "compatriotas" en el certamen. Decimos aparente porque, aunque dichos ilustrados consideran una aberración el acto de exhibir --aunque no fuera ésta en sentido estricto la idea de los organizadores-- seres humanos, sea cual fuere su origen y condición, lo que en realidad les produce mayor rechazo son las consecuencias

sociopolíticas que, indudablemente, habría de tener no dicha exhibición puntual, sino el desarrollo de la exposición en general.

Hemos estudiado, concretamente, las opiniones y valoraciones hechas por varios ilustrados: los españoles filipinos Evaristo Aguirre, Eduardo de Lete y Pedro de Govantes, y de los filipinos Marcelo Hilario del Pilar, Graciano López Jaena y José Rizal. Se ha consultado correspondencia privada y artículos de prensa, especialmente los editados en el órgano oficioso de la colonia filipina en Madrid, el semanario *España en Filipinas*.

Aunque las diferencias ideológicas y la intensidad de las críticas son notables entre unos y otros --destaca la virulencia y sagacidad de López Jaena-- las conclusiones de todos ellos son muy similares. Aguirre, por ejemplo, califica el propósito de maquiavélico, "un espíritu maquiavélico inspirado en miras egoístas de dominio y explotación, ya que no de odio y muerte de aquel país". La idea rectora no sería otra que la de mostrar individuos de los estamentos sociales menos desarrollados --incluso "salvajes"-- del archipiélago para así convencer a los peninsulares del estado de primitivismo de las islas y, por lo tanto, de su incapacidad para ser receptores de las reformas políticas, de carácter asimilacionista y, por supuesto, autonomista, que los mismos ilustrados estaban reclamando. Al unísono, los frailes tendrían la oportunidad de "informar" al público sobre las tierras filipinas y sus gentes, podrían regodearse con total impunidad exponiendo y justificando sus tradicionales tópicos sobre la docilidad, la indolencia y la apatía del indio, cualidades todas ellas que habrían impedido el avance material de la sociedad filipina, pese a todos los "esfuerzos" de los sacrificados religiosos.

Sólo una muy pequeña parte de esas ideas, expresadas privadamente en su correspondencia con Rizal, las expone Aguirre --y otros-- de forma pública, aunque anónima, en el semanario *España en Filipinas*, órgano de expresión oficioso de la colonia filipina en España. Sin embargo, en estos artículos, su autor no presenta la interpretación confesada a Rizal, sino únicamente su rechazo a la exhibición de seres humanos como fieras --pues considera, acertadamente, que los moros y los paganos que han llegado a Madrid no son artesanos ni van a desempeñar actividad alguna, simplemente serán "exhibidos" ante el público--, acusando a las autoridades filipinas y a las órdenes religiosas de indignidad por permitir semejante aberración. En realidad, se trata de una argumentación forzada, provocada precisamente por las circunstancias últimas del modelo expositivo, por la citada presencia de "igorrotos" y moros.

Éstas y otras reacciones similares de los ilustrados filipinos han llevado a ciertos historiadores contemporáneos hasta posiciones precipitadas y claramente erróneas. Así, en su balance sobre las actitudes manifestadas por la colonia filipina residente en Madrid ante la exposición, Schumacher afirma (1997: 75) que el "humillante trato" recibido por los filipinos participantes habría hecho mella en la sensibilidad y el alma nacionalista de muchos de sus "compatriotas" ilustrados. Algo similar anota también el historiador filipino J. S. Arcilla (1999: 15). Asegura Schumacher que, si bien en Filipinas los igorrotos, en su acepción genérica, y los moros eran considerados y tratados como elementos ajenos a la comunidad filipina civilizada, esto es, eran claramente rechazados, un "nuevo sentimiento de solidaridad" con todos ellos habría hecho su aparición en los filipinos de clase media y alta residentes en Madrid, algunos de los cuales eran hijos de españoles. Sería un sentimiento fruto del dolor producido por la difamación y la humillación que, si bien habrían sufrido directamente los filipinos exhibidos, alcanzaría al conjunto de la sociedad filipina. Todo ello se manifestaría en un claro resentimiento contra las autoridades españolas y, aún más fuerte, contra los frailes. Este rencor habría sido en cierta medida un referente o un punto de partida útil para ulteriores actuaciones de los propagandistas filipinos en la Península.

Si bien esta última observación es indudablemente cierta, lo que no podemos compartir es la interpretación que hace Schumacher sobre el "sentimiento solidario" de los ilustrados filipinos surgido o manifestado ante unos "compatriotas" denigrados y humillados. Es admisible y seguramente sincero su rechazo, el de los ilustrados, al carácter en buena medida circense, de "exhibición de fieras" o, cuando menos, de exhibición de seres "extraños", "salvajes" o "primitivos", que pudo tener la presencia de igorotes y moros en Madrid, aunque no fuera éste el propósito de los organizadores, al menos del Ministerio de Ultramar. Sin embargo, dicha actitud no proviene de un sentimiento de solidaridad nacional dirigido hacia tales "compatriotas", sino de una solidaridad y un lamento nacionalistas dirigidos por y para ellos mismos, para la clase ilustrada filipina que, al fin y al cabo, resultaba ser el estamento más negativamente afectado por la imagen, al menos por parte de ella, que de Filipinas se dio --o se asumió-- en la exposición. No obstante, no debemos confundir este falso modelo de identidad filipina integrada, que habrían desarrollado los nacionalistas filipinos de finales del XIX, con el indudablemente más exitoso --aunque tampoco totalmente integrado-- que afecta a la identidad "filipina" de todas las etnias o comunidades etnolingüísticas de "indios" cristianizados. El trasvase del contexto identitario tagalo al "filipino" será un elemento clave en la lucha por la independencia y en la consolidación, relativa, del futuro estado unitario (ver Andaya, 1999).



IMAGEN 2. "Exposición de Filipinas en el Parque de Madrid. 1. Pabellón flotante para pasear por el lago.- 2. Pabellón del jurado.- 3. Operación de extraer la fibra a las hojas de abacá.- 4. Tiro de lanza y ballesta por los igorotes.- 5. Parque de los ciervos.- (Composición y dibujo del natural, por Riudavets)" [La Ilustración Española y Americana, año XXXI, nº XXXVIII, 15 de octubre de 1887, p. 220].

El nacionalismo filipino del siglo XIX, al igual que otros nacionalismos de la época y por encima de disensiones o supuestos objetivos meramente autonomistas, anhelaba la creación de un estado independiente, libre de las ataduras coloniales. Pero es obvio que el nuevo estado habría de articularse sobre la base de un territorio que sólo la ocupación colonial había unificado, un territorio tremendamente heterogéneo con una aún más heterogénea población. Esta enorme diversidad étnica comportaba una gran diversidad cultural, aunque se tratara de minorías desde una óptica puramente demográfica, si bien en el caso de los moros tal carácter minoritario desaparecía dentro de su ámbito territorial, en Mindanao y el archipiélago de Sulú.

Esa diversidad étnica y cultural nunca fue considerada por los ilustrados filipinos como un rasgo definidor de una cultura o una identidad filipinas (Por otra parte, la mayor parte de los pueblos montañeses y musulmanes de Filipinas, por no decir todos, rechazan o no asumen de un modo explícito su condición de "filipinos"). Muchos de estos intelectuales, como el propio Rizal, se interesaron por la historia del Archipiélago, de sus gentes, en las épocas prehispánicas, e impulsaron, a través de ella, sus reivindicaciones nacionalistas. También se preocuparon por los estudios etnográficos y folklóricos, pero en este caso su objeto de investigación no eran los igorrotos o los negritos, sino las comunidades filipinas cristianizadas, es decir, las gentes de pueblos y provincias en los que ellos mismos podrían haber nacido o de hecho lo hicieron. Y en cuanto a los moros, siempre fueron considerados gentes bárbaras, ajenas a la civilización filipina. No obstante, cuando lo creyeron conveniente echaron mano del carácter fiero e insumiso de estos pueblos, a quienes nunca pudo someter por completo el poder español, para ilustrar su propia y aparente resistencia frente a la administración colonial. El contexto de la Exposición de Filipinas de 1887 nos ofrece un buen ejemplo de esta última observación.

Tras la muerte de una de las filipinas llegadas a Madrid, de la joloana Basalia, el ya citado Evaristo Aguirre publicó un artículo --como siempre, anónimo-- muy crítico en *España en Filipinas* (en el número 12 de 28 de mayo de 1887) sobre las circunstancias que rodearon su enfermedad y fallecimiento, complementado con un soneto --"A Basalia"-- cuya primera estrofa decía: "¡Descansa en paz! y libre ya de daño, / vuela tu espíritu a la patria pía: / hija del pueblo que, en ruda porfía / indómito resiste el yugo extraño". Aunque Schumacher (1997: 79) señala que los citados versos pasaron inadvertidos entre la colonia filipina, e incluso al propio Aguirre --algo difícil de creer, esto último--, ciertos personajes destacados de la política española vinculados con Filipinas no fueron tan cautos, acusando inmediatamente al semanario *España en Filipinas*, donde se publicaron, de antiespañol y separatista; al parecer, esta circunstancia contribuyó, de uno u otro modo, a la desaparición de la publicación. Pero lo que nos interesa ahora es precisamente esa referencia al carácter indómito de un pueblo, los moros, que rechaza la dominación "extraña", rechazo que también podía encontrarse entre ciertos pueblos monteses y que, pese a los deseos de Aguirre, no era en modo alguno rasgo característico del comportamiento de la mayor parte de la población filipina cristianizada, de la que precisamente habían salido los ilustrados. En cierto modo, la referencia a la insumisión de los moros --de parte de ellos, en realidad, ya que las autoridades españolas firmaron numerosos tratados con sultanes y datos-- se convertía en una válvula de escape para la frustración ilustrada ante el mayor o menor conservadurismo de sus más cercanos y "verdaderos" compatriotas, la gran masa de población indígena cristianizada.

En resumen, los ilustrados filipinos no desarrollaron ningún sentimiento nuevo de solidaridad con sus compatriotas de la exposición. La cuestión es mucho más sencilla y evidente: esa pretendida solidaridad, esa supuesta identidad compartida, era una excusa que permitía canalizar públicamente --con menos riesgos, algo, por

otro lado, muy comprensible-- su rechazo al modelo de exposición que se había organizado y su oposición a la dominación frailuna y al inmovilismo político de la administración española. De este modo, el discurso moralizante camufla y vehicula parcialmente su sentimiento y lucha nacionalistas.

Pero lo que acabamos de anotar sobre la actitud de los ilustrados filipinos no se contradice con otra evidencia histórica incontestable: sus temores a que la exposición de 1887 generara una imagen distorsionada y falsa de Filipinas y de los filipinos en la Península, en todos los ámbitos de la sociedad, se vieron lamentablemente confirmados.

Sin duda alguna, si algo caló hondo en Madrid tras la exposición de 1887 fue la imagen, indiferenciada y más o menos brutal, de los "salvajes", de los igorotes. Y si un término se hizo famoso tras el evento, ése fue precisamente el de "igorrote". Para desgracia de los ilustrados, y del sentido común en general, da la impresión de que una buena parte de la población peninsular, o al menos madrileña, asoció a partir de entonces, y de modo automático, el término Filipinas al de igorrote, al de "salvaje". Hasta entonces, Filipinas evocaba los famosos "mantones de Manila" --si bien procedían de China--, el no menos socorrido "punto filipino" y un lejano, exótico y absolutamente inidentificable destino político-administrativo en el que uno podía enriquecerse en no mucho tiempo, si no sucumbía antes por causa del calor y de extrañas y casi míticas enfermedades tropicales.

Un ejemplo puntual, de uno de los más destacados ilustrados filipinos, nos puede ilustrar sobre lo que bien podríamos calificar como el "estigma igorrote", esto es, la asociación de los filipinos y lo filipino al supuesto salvajismo de aquéllos famosos protagonistas de la exposición.



IMAGEN 3. Igorotes en la exposición. Fotog. de Laurent y Cía. Archivo Ruiz-Vernacci del Instituto del Patrimonio Histórico Español (Ministerio de Educación y Cultura).

Hablamos de Antonio Luna y Novicio --hermano de Juan, el famoso pintor-- quien nos descubre cómo afectó, supuestamente, esa enfermedad del "igorrotismo" a la

gente de la calle, al Madrid popular. Las referencias más significativas quedaron recogidas en un artículo titulado "Impresiones madrileñas de un filipino", publicado el 31 de octubre de 1889, en el quincenario *La Solidaridad*, bajo el pseudónimo de Tagailog. El texto es una singular declaración de desencanto de un filipino frente a la realidad de España, más concretamente frente a la realidad de Madrid, los madrileños y, curiosamente, la Puerta del Sol, que los *castilas* –como se denominaba a los españoles en las islas– presentaban en Filipinas poco menos que como la octava maravilla del mundo o el ombligo del universo. Entre las denuncias de Luna, pues así podríamos considerarlas, advierte de que, ante un tipo, el suyo, que define como "pronunciadamente malayo",

[..] hay chula, señorita o modista que vuelven dos y tres veces la cara para mirarme y pronunciar con voz suficiente para ser oída: ¡Jesús que horroroso! Es un chino. Es un igorroto. (Para éstos, chinos, igorrotos o filipinos son lo mismo). Chicos y grandes, chulos y no chulos, no contentos con esto, se ponían a vociferar como salvajes: ¡Chino! ¡Chiinitoo! ¡Igorrote!! En los teatros, en los paseos, en las reuniones, en todas partes siempre la misma revista general sobre mi persona, la sonrisa de la burla amalgamada con la mirada medio altanera, medio estúpida. Muchas veces, al pensar en estas espontáneas manifestaciones, me pregunto si estoy en Marruecos, en las peligrosas comarcas del Riff, y hasta llevo a dudar si vivo en la capital de una nación europea.

También asegura que en las diversiones públicas, en teatros, cafés y casinos, agotados los "recursos cubanos" de los "*negos [sic]*, *neguitas [sic]* y mulatos, las corrientes para *hacer reír* se dirigen, al parecer, a Filipinas. De algo sirvió la exposición gratuita de nuestros igorrotos".

Semejantes afirmaciones, y otras en las que se valora muy negativamente, en ocasiones con escasa ecuanimidad, a los madrileños y a la ciudad de Madrid --aunque, por extensión, afectan a todo lo español--, hicieron clamar al cielo a ciertos personajes de la capital y de fuera de ella.

Resulta difícil valorar hasta qué punto la actitud y las ideas manifestadas por Luna, en éste y otros textos, son realmente consecuencia del desencanto, si se trata verdaderamente de una desilusión ante las realidades política, social y vital de la Península --como asegura Schumacher (1997: 215-218)--, o si son más bien el producto de una estrategia política perfectamente articulada. Por supuesto, para los personajes españoles de la época que se sintieron insultados, el comportamiento de Luna no tenía nada que ver con la desilusión, era un ejemplo más del filibusterismo filipino. Nosotros, obviamente, no asumimos esta perspectiva, pero sí consideramos que la inocencia del filipino desencantado con la madre patria no explica por sí sola tales actitudes. Por otro lado, sería necesario conocer con mucho más detalle cómo se manifiestan las reacciones de la población de Madrid ante los filipinos, tanto antes como después de la exposición de 1887. No obstante, resulta difícil de aceptar un contexto de presión y desprecio racial tan intensos contra los filipinos como el que nos describe Luna en las calles madrileñas.

Antes de 1887, la presencia de los filipinos, si bien no era muy notable, tampoco resultaba desconocida. Ni en la correspondencia privada ni en los diarios de algunos ilustrados que nos son conocidos se hace mención a actitudes racistas o de rechazo; por el contrario, aquéllos sí suelen mostrar cierto distanciamiento y hasta menosprecio por lo que observan en Madrid o Barcelona, comparando la

arquitectura y la vida social, artística y científica de estas ciudades con la de otras capitales europeas del momento. Si, efectivamente, tras el certamen de 1887 el concepto de Filipinas y la propia imagen de los filipinos se asocian de forma tan marcada e indisoluble a los conceptos de igorroto y salvaje, el esquema interpretativo popular, y no tan popular, de los peninsulares respecto a los "hermanos" del Pacífico habría empeorado sensiblemente con respecto a etapas anteriores. Finalmente, también podríamos pensar que la situación fue sólo coyuntural y que los insultos dirigidos contra Antonio Luna, si realmente existieron, fueron magnificados por su exaltada personalidad y erigidos como símbolo de la opresión y el desprecio de España y de los españoles hacia Filipinas y sus habitantes, y utilizados como un mecanismo más --especialmente sensible-- para llamar la atención de sus "compatriotas" filipinos y reconducirles hacia el sendero nacionalista.